

ad habían desaparecido  
cambiarse el nombre y  
conoció en 1815, vestido  
pero cayó en la cuenta  
vestido y su imponente  
de misioneros francisca-  
rado por sus virtudes y

a día de manos a boca  
la conocido de oidor en  
reciera de California y  
filiaciones de Monterrey,  
de los indígenas, ven-  
los. No falta quien ase-  
suista en la capital de  
sonaje es que murió en  
anzada edad de noven-

## CAPITULO XIX

## El favorito de una reina.—Manuel Mallo.

Popayán se extiende 120 leguas norte-sur, desde los confines de Quito hasta los de Cartagena, y 100 desde el Nuevo Reino de Granada, que queda al oriente, hasta el Mar del Sur, sobre cuya costa está. Es tierra en lo común fragosa y muy lluviosa; y por esto y por los ríos, que se rebalsan, hay varios pantanos, poco maíz y menos trigo, y no mucho ganado; pero sí es rica de oro. Los naturales eran más políticos y racionales que los del Perú. De aquí salen muchos ríos, como el de la Magdalena, el Caquetá y otros, y empieza la cordillera de los Andes. Llamóse Popayán, del nombre del cacique que dominaba aquí. Popayán está, según Herrera, en dos grados y medio de latitud septentrional y en setenta y medio de longitud al sur de Cartagena, al nordeste del Cabo de Santa Elena. La pobló el Adelantado Sebastián de Belalcázar el año de 1537; tiene Obispo, sufragáneo de Santa Fe, y casas de dominicos, franciscanos, jesuitas y agustinos, y dos conventos de monjas. Por la ciudad pasa el pequeño arroyo de La Eme, y a una legua el gran río de Cauca.

(Geografía Histórica, publicada en Madrid en 1752 por el P. Pedro Murillo Valverde, de la Compañía de Jesús, libro IX).

La poderosa monarquía que emuló al antiguo imperio romano en la extensión de sus dominios, en los cuales "nunca se ponía el sol", empezaba ya desde los comienzos del siglo XVII a perder la recia contextura que lograron darle Carlos V y Felipe II. El advenimiento al trono de monarcas incapaces y la holganza que fomentaron en el pueblo español los tesoros de América, haciéndole desdeñar los trabajos manuales y fabriles como indignos de hombres libres, fueron causas que acarrearón el desmoronamiento de ese estado inmenso y temido. El brillo de la realeza, empañado ya en los degenerados representantes de la Casa de Austria que sucedieron a Felipe II, recuperó algo de sus perdidos esplendores al iniciarse el siglo XVIII con la rama borbónica; pero la corrupción de las costumbres y la falta de educación política precipitaron cada vez más la decadencia, hasta llegar a extremos humillantes y vergonzosos.

En 1788 subió al trono Carlos IV, en vísperas de desencadenarse el sangriento alud de la revolución francesa, que tan hondamente conmovió al mundo europeo y trajo cambios tan sustanciales en la constitución de las sociedades y de los estados; luégo a luégo tocó al mismo monarca presenciar la epopeya portentosa del corso legendario, y finalmente caer envuelto en el turbión de esos días apocalípticos. Sin genio político ni habilidad para el gobierno, juguete de una reina intrigante y de validos ambiciosos, Carlos IV es en la historia de España una figura poco menos que despreciable.

Carlos III murió en la madrugada del 14 de diciembre de 1788, y en la mañana de ese mismo día "el rey y su esposa María Luisa, príncipes de